

Velázquez

un pintor en la corte del rey Felipe

En octubre de 1623 se encontraban en Madrid dos jóvenes: Felipe, de 18 años, y Diego, de 24. El más joven a penas hacía dos años que había asumido la corona de España, el mayor era un joven pintor sevillano que trataba por segunda vez de encontrar trabajo en Madrid. Cómo fuere, aquel encuentro dio como fruto una relación que duraría casi 37 años, en los que el pintor logró la más alta consideración como artista, cortesano y caballero, y en los que el rey encontró a un fiel servidor que consagró su imagen a la posteridad a través del arte. Aunque la obra de Velázquez no necesita justificación alguna para atraer el interés de nuestra mirada, ubicarla en su relación con el rey y su Corte nos permite considerar muchas más variables para comprenderla. El pintor flemático fue el cortesano perfecto, el monarca incapaz, decidido y atormentado fue un coleccionista de arte dotado de una excepcional sensibilidad. Un maridaje perfecto para que ambos aportaran a la Historia del Arte uno de sus legados más excepcionales. Velázquez fue elegido, de manera casi fulminante, como pintor del rey, tanto que sus pinceles fueron los favoritos para efigiarlo a él y su familia. Pero además de esta funcionalidad propia del retrato, el pintor fue el encargado de ofrecer otras obras que aún se diluyen en el arcano del pensamiento, la política o la reflexión sobre el valor de la imagen que actuaban en la Corte del rey Felipe.

